

XVII.

UNA EGLOGA EN 1867.

HISTORIA DE UN CLAVEL Y DE UNA ROSA, DE UNA AMAPOLA
Y DE UN PENSAMIENTO.

La condesa de Entraygues habia dado el primer paso en el camino del arrepentimiento. No fué á encerrarse en las Jóvenes Arrepentidas del Convento de Santa Ana; pero visitó su superiora.

La señorita Rebeca fué condenada á permanecer tres meses en San Lázaro. La señorita Tornasol salió de allí á ocho dias.

Parisis daba todos los dias un paso mas en las profundidades de la vida parisiense; descendia las espirales como los condenados del Dante, no respirando mas que azufre y no viendo mas que tinieblas. En su curiosidad insaciable se le podia comparar al trapero de Gavarni removiendo con su gancho el estercolero nocturno para encontrar en él oro, y apoyándose filosóficamente en el reverbero, á fin de estudiar las costumbres de la calle en las cartas destrozadas, los retazos manchados y los ramilletes mústios. Hasta en

el estercolero se encuentran perlas. El alma mas gastada reverdece al amor, el corazon mas corrompido se purifica cuando un gran sentimiento hace subir hasta él un flujo de sangre pura.

Cuando la señorita Tornasol salió de San Lázaro, le contó una egloga digna de los Teócritos del boulevard de Variedades.

I.

EL CLAVEL Y LA AMAPOLA.

Cierta mañana, á la hora en que los prisioneros se hallan en el prado, dos jóvenes se paseaban debajo los árboles de Santa Pelagia, echando migajas de pan á los pájaros.

Se encontraban allí por bien poca cosa, segun decian ellos.

El primero, que se llamaba Arturo, habia cometido un robo con fractura; el segundo, que se llamaba Domingo, habia falsificado firmas.

Por qué se hallaban en Santa Pelagia? En virtud de circunstancias atenuantes.

No principiaban: se habian ya encontrado algunos años antes en los «Carmelitas Descalzos» de Poysse, de donde habian logrado fugarse. Por mas que debiesen morir en la impenitencia final, uno y otro per-

tenecian á dos familias que habian influido para que concluyeran su tiempo en Santa Pelagia. Con un poco mas iban á galeras; con un poco menos se llevaban el premio Montyon.

En aquella mañana, cuando se hallaron en el prado, estaban mas pálidos y mas descorazonados que de costumbre.

—Qué tienes, mi querido Arturo? Sueñas quizá en alguna buena accion?

—Sí: he intentado ahorcarme esta noche; pero la cuerda se me ha roto; era una cuerda de cabellos.

—O hombre sentimental! Apuesto que eran los cabellos de Clementina.

—Lo mismo dá; concluiré por esto. Siento que me nacen alas y es necesario que me escape de la jaula. La vida es la cárcel verdadera.

—Sí, cuando se está en Santa Pelagia.

—Cuando se está libre. No vivimos encarcelados en nuestras preocupaciones? Vaya una vida, á fé mia! No se puede hacer nada sin ver el perfil de un gendarme!

—Pues bien, yo estoy contento de todo: la jaula no me priva de cantar. Y sin embargo soy cual tú: siento algo vago en mi alma; el pan de la carcel me hace pensar en aquellos pavos trufados que hacen tantas coqueterias en casa de Chevet: desde aquí respiro su perfume.

—Por lo menos, todas las semanas se nos tendria que darnos faisán dorado.

—Y bien, querido: no es precisamente la gula lo que me ocasiona á mi melancolia.

Y dándose golpes en el pecho, añadió:

—Aquí me falta algo.

—Estás enamorado?

—No, pero quisiera estarlo.

Arturo levantó su cabeza.

—Acaso viste asomar algun hocico en las ventanas de la buhardillas de la calle de la Llave?

—No: las mujeres de allí no son caritativas: jamás enseñan el rostro.

—Estás, pues enamorado de la luna?

—Tampoco: tengo mi idea: atiende bien.

Los dos jóvenes se apoyaron en el tronco de un tilo.

—Cuando pienso, continuó Domingo, que á la hora en que estamos, hay dos mil doscientas mujeres en San Lázaro que no tienen parientes ni habientes!

—Es cierto, y mas de una vez pensé en ello. Son pobres mujeres abandonadas que no tienen ni un amigo que las proteja.

—Y bien: quieres enamorarte?

—Sí; esto me divertirá.

—Hé aquí la fórmula, si es que no la sabes ó bien si la has ya olvidado. Vamos á comprar papel y escribiremos cada uno de los dos, una declaracion de amor, dirigida á una belleza de San Lázaro.

—No te comprendo.

—Te creí fracmason.

La campana anunció que la hora de paseo había concluido.

—Nos llaman: ya encontraremos nuestro cuarto de hora para escribir las cartas: es necesario que firmemos con el nombre de un árbol ó de una flor.

—Diablo! cuando mi hermanita me enseñaba el lenguaje de las flores, no sospechaba que llegaría un día en que representaría esta egloga en Santa Pelagia. Firmaré la Amapola.

—Tu no eres sentimental: yo firmaré el Clavel.

—Cállate! que me parece ya que te veo en forma de corona sobre la frente de las vírgenes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO...
No. 1025 MONTERREY, MEXICO

II.

LA ROSA Y EL PENSAMIENTO.

Al día siguiente, á la hora de recreo, una piedra arrojada desde lejos, fué á caer en uno de los patios de San Lázaro, patio de las niñas «que no valen nada, ó de las niñas completamente perdidas,» pues en San Lázaro existen todos los grados, desde las religiosas hasta las ladronas.

Esta piedra rozó el habito de una hermana de San José que vigilaba aquel rebaño.

Una de aquellas jóvenes, llamada Victorina, que no habia estado mas que tres veces en San Lázaro,

en una palabra, un ángel de virtud que habia sido recogido en el país latino, y que sabia que no se echaba por nada piedras en aquel patio, recogió con presteza aquella que habia sido tan bien lanzada, y ocultó en su seno, como lo hubiera echo con un ramo de violetas ó como un pájaro domesticado.

Hizo señas á algunas de sus compañeras, y las arrastró misteriosamente tras un grupo de árboles.

—Ocurre algo nuevo, dijo; es un billete que nos llega por el correo interior.

Se hizo círculo en torno de la que así hablaba. Todas esperaban una carta. Cual es la mujer de San Lázaro, y fuera de San Lázaro, que no la aguarda?

Y en efecto: sobre un pedazo de ladrillo y con un hilo encarnado por sello, se veían dos cartas que la señorita Victorina leyó á sus amigas.

Hé aquí la primera:

«Busco una mujer: desgraciadamente no estoy alojado en buena casa. Soy enamorado: Cual es la que me quiere? Soy valiente cual Rodrigo.»

»La que quiera empezar unas relaciones peligrosas conmigo que tome el nombre de rosa. Yo me llamo

»AMAPOLA.»

«P. D. La contestacion franca de porte á Santa Pelagia.»

—Que diablillo! exclamó una de aquellas jóvenes.

Tiene corazon: este chico me gusta. Desgraciadamente estoy comprometida, y mi amante está en su regimiento. Ya me conoceis: por nada en el mundo le haria traicion. Yo soy así.

—Veamos, dijo Victorina. Yo tambien tengo mis compromisos; pero este Amapola, me ha dado en el ojo: de buena gana correria con él por esos trigos.

Y leyó la segunda carta:

«Me fastidio hasta el morir, y esta noche he querido ahorcarme. Hay mujeres que dirian que esto hubiera sido una desgracia, pues soy hermoso y bueno. Si alguna de esas señoras quiere entablar amores conmigo, veré de coger aliento. Yo soy así: no tengo el corazon alegre, no siento placer para nada, y mas hallándome entre cuatro paredes. Oh! que hermosas partidas de campo emprenderemos en el Prado de San Gervasio, cuando habré cumplido mi condena en el mes de agosto, pues yo no he matado ni á mi padre ni á mi madre. Mi sola desgracia consiste en saber escribir.»

Victorina se interrumpió:

—Parece que es fuerte en la escritura, dijo. Y prosiguió.

«Me llamo CLAVEL. Quien quiere cogermel?»

—Yo!

—Yo!

—Yo!

La partida de campo en el prado de San Gervasio, entusiasmaba á todas.

—Cuanto vamos á divertirnos!

—Veamos, hijas mias, procedamos por orden. Quien es la que vá á divertirse? Primeramente: hay algo para la Amapola?

—Sí, dijo una reclusa,—la señorita Maria—que solo tenia que permanecer tres meses en San Lázaro; mi corazon está libre y dentro de tres meses habré salido de esta casa. Me apodero de la Amapola y la primera que se atraviere en mi camino tendrá mi mano sobre su rostro. Voy á escribir á Amapola y de una manera formal, toda vez que le escribiré con mi sangre. Esto es muy formal: siento que le amo con toda mi vida, y que le amaré hasta la muerte.

La jóven que así hablaba, estaba singularmente animada: veia pasar en su imaginacion un pillete de buenas formas, y de fiero y orgulloso brazo. Estaba ya apasionada de sus hermosos ojos.

—Enhorabuena, dijo Victorina; no me gustan las indecisas que quieren y no quieren. He aquí una moza que vá por el atajo. Y ahora vamos á otra. Quien se enamora del Clavel? Tu Athenais?

—Yo! harto sabes que tengo una procesion de amantes.

—Tú Cecilia?

—Nó: he jurado no tener ninguno, sobre la cruz de mi madre.

—Yo! dijo de pronto una jóven que hasta enton-

ces habia permanecido silenciosa: tengo un amante, pero le planto por el Clavel. Esto me recordará mis mas hermosos dias.

—Sí, cuando andabas por campos y jardines.

—Si tuvieses todas las yerbas y flores que en ellos he recogido, presentarias tu dimisión.

—La señora trabajaba en el campo?

—Sí, señorita, he aquí porque elijo el Clavel. Voy á escribirle diciéndole que yo me llamo el Pensamiento. Verdad que esto es hermoso?

Y empezó á bailar con tanta alegría, bien como si hubiese enamorado á un amante con coche.

El Pensamiento y la Rosa, se cogieron del brazo, como si quisiesen hacerse confidencias.

En aquella misma noche, una lazarina que habia terminado su condena, llevó, entre sus medias, las contestaciones de las dos reclusas. Como formaba parte de aquella fracmasoneria, juró que aquellas cartas serian entregadas al siguiente dia.

En efecto al dia siguiente un encarcelado vió caer una piedra á sus piés. Lo comprendió todo en seguida; la cogió y vió las dos cartas. Las leyó sin dejar una frase y luego dijo:

—Quién se llama aquí Amapola y Clavel?

Arturo Amapola, se acercó y dijo:

—Yo, dame esto.

Domingo Clavel se acercó á su vez.

Amapola leyó la carta en voz alta, soltando la cartajada.

El sentimental Clavel, se fué á un rincon, y saboreó el lenguaje del Pensamiento.

III.

EL ALELÍ DE CINCO HOJAS.

Ya se comprenderá que el novelista no vá á divertirse recogiendo toda aquella correspondencia. Seria indispensable todo un volúmen para registrar los jumentos, los corazones atravesados de flechas, las espresiones de celos y todas aquellas frases de amor.

Quien no ha visto por curiosidad en toda su vida cartas de cocineras?

Por parte de las mujeres se usaba el mismo estilo con mas ó menos ortografía.

Por parte de los hombres habia mas sintaxis. Domingo, sobre todo, era amigo de las frases rimbombantes y se ahogaba en un océano de adjetivos.

Jamás un corazon tierno se habia visto sitiado por tanta melancolía. Era para hacer llorar las piedras. La señorita *Pensamiento* cayó enferma.

Deciros como todas estas cartas partian y llegaban á su destino seria supérfluo. No hay obstáculo que pueda oponerse á ello. No hay alcalde de carcel que cuando vá á comer ó cuando vá al teatro, no se constituya en cómplice de sus prisioneros. No se vió el

otro día en un periódico —y no en la sección de *comunicados*—á uno de esos carceleros feroces que llevaba cartas en la copa de su sombrero? En la casa donde iba un cómplice recojía estas cartas y ponía otras.

La señorita María fué la que salió primero. La señorita Elisa apoyó la cabeza en su seno y derramó abundantes lágrimas.

—Si le ves, dile que le adoro.

Este es un aire muy conocido.

Es un cuadro como cualquier otro.

—Recuérdale que me ha dado su fé.

En el mismo día de su salida María se había vestido, segun costumbre de las libertas, su traje de rompe y rasga.

Mas para ir á Santa Pelagia dejó este vestido ultrajante.

Se puso el de una mujer del pueblo llevando un cesto lleno de las mas hermosas frutas del tiempo: fresas inglesas. Sabia que su Amapola se llamaba Arturo como Elisa sabia que su Clavel se llamaba Domingo.

Preguntó por Arturo diciendo que era su hermana.

No le faltó mucho para que el carcelero llorase á lágrima viva viendo el llanto de la jóven; esta le suplicó dándole cien sueldos—una verdadera moneda de cien sueldos—que entregase el cesto á Arturo.

Entre dos pámpanos habia dos cartas de las dos migas á los dos amigos.

Al siguiente día Arturo dijo á Domingo:

—Levanta los ojos; ves allí abajo?

María habia alquilado un cuartito á la calle de la Llave y asomaba por él su moffetudo rostro adoptando posiciones románticas.

Se enviaron algunos besos; no lo pongais en duda.

Que os diré? El amor platónico se elevó á las mas altas esferas de lo ideal. Domingo no tenia mas que la piel y los huesos y hasta Arturo habia palidecido.

María obtuvo autorizacion para hablar en la reja al prisionero. Se devoraron con los ojos, se estrecharon la mano.

—Cuidado que esto arde! exclamó el carcelero:

Elisa salió á su vez. Fué tambien á la reja. Poco le faltó para que Domingo se desmayara.

Me olvidé deciros que unos y otros se habian encontrado hermosísimos. Verdad es que la Amapola hubiese amado mejor al Pensamiento y que el Clavel hubiese amado mejor á la Rosa.

Pero se puso tierra encima. No se querian violentar las leyes del azar.

Cuando los dos pilletes salieron de la cárcel fueron al Prado de San Gervasio. Un poco mas y no se hubiera salido de allí: con tanta fuerza se pasó del amor perfecto el amor imperfecto.

Fueron tan felices que lo rompieron todo. En dos días se guillotinaron cuarenta botellas de champagne. Se enseñó de restar al tabernero el cual, á su

vez, quería sumar. Se le amenazó con echar la casa por la ventana. Y para fin de fiesta se arrancaren los cabellos, se hicieron chirlos en el rostro y se clavaron en él alelies de cinco hojas, hasta el punto de convertirse en unos San Bartolomé.

XVIII.

UN PRACTICANTE EN MEDICINA ARRANCA UN DIENTE
Á REBECA.

Ya se sabe que la señorita Tornasol y la Matrona de Efeso no permanecieron sino ocho días en San Lázaro porque se reconoció que el comisario de policía se había escedido en sus facultades. Cuando Rebeca, la mujer de las tempestades en un vaso de agua, salió al cabo de tres meses, cayó enferma de corage.

Los días felices habían transcurrido por ella para siempre.

En el teatro sus mejores amigos decían que había dado funciones en San Lázaro. Se le dieron las gracias. Sus queridos temieron seguirla en la desgracia. Lo perdió todo en algunas semanas y cayó enferma.

Había tenido algunas veces el don de divertir París en los días de lluvia; habiendo estudiado el lenguaje verde, tenía frases atrevidas á lo Saint Simon y pasaba desde la cólera de Hermiona á la dulzura de La Valliere: era por excelencia la mujer de lo impre- visto.

Porque Octavio que olvidaba á todas las mujeres

galantes sin volver nunca la cabeza, tuvo el capricho de visitar á Rebeca? Creia encontrar en ella, no sé que canto de la juventud, no sé que perfume de madre-selva, no sé que cuadro de orgía con colores brillantes? Era como el borracho que guarda el recuerdo de una mala taberna donde ha echado una caña.

Octavio fué al boulevard Malesherbes para hallar la cómica del azar. Pero estas aves no permanecen mucho tiempo en la misma rama; ya es el vendabal que las arroja á distancia; ya es el rayo que las echa aun mas lejos: alguna vez la tempestad se las lleva con la rama rota.

Parisis entró en la casa que conocia perfectamente; pero el eterno «Que se os ofrece?» le detuvo. Por mas que no tuviese la costumbre de responder á las armoniosas voces de un cuarto bajo, respondió que buscaba á la señorita Rebeca. Le contestaron diciéndole que ya habia bastante tiempo que no vivia allí.

—Donde vive, entonces?

—Calle de los Mártires, núm. 16.

Para Octavio fué esto una verdadera sorpresa. Creia que Rebeca no podia caer; y caer desde boulevard de Malesherbes, donde ocupaba un cuarto de mil francos al mes, compuesto de cuatro salones, cuadra para cuatro caballos y menaje de palo de rosa, á la calle de los Mártires, donde las jóvenes mas humildes no pagan sino cientos francos al mes, constituia una verdadera derrota.

Octavio se dirigió á la calle de los Mártires, no

para disfrutar de una hora de alegría, sino para consolar á la que acababa de ser vencida.

—La señorita Rebeca? preguntó.

—No está aquí.

—Donde está, pues?

—En el hospital Beaujon.

—Está enferma?

—Moribunda.

El portero dijo á Octavio que la señorita Rebeca se hallaba ya enferma al venir de la casa que habitaba en otro tiempo. Habia ido allí con una nube de acreedores, prenderos, tapiceros, prestamistas, alquiladores de coches, con toda la gente, en fin, que vive del lujo de esta clase de mujeres. No bien llegó á la calle de los Mártires, cuando se apoderaron de sus últimos trapos. la jóven hasta habia vendido sus pa-peletas del Monte de Piedad.

—Lo creereis caballero? Todo el mundo se reia de sus cabellos rojos: se decia que no eran suyos; la verdad es que tenia la mas hermosa cabellera del mundo. Y bien, como su médico la aconsejara que se cortase los cabellos para tener mas fresca la cabeza, pidió un peluquero á fin de venderla sus cabellos. Desgraciadamente se le trajo un peluquero que la recordó una deuda antigua y no habia ya de vender su cabellera.

Octavio fué al hospital Beaujon; pero era miércoles y se le dijo que volviese al dia siguiente, con el número de la inscripcion, pues al entrar al

hospital se pierde el nombre á cambio de una cifra.

Al siguiente dia Octavio volvió al hospital. No traia el número; pero como el jueves todo el mundo tiene derecho á recorrer las salas, juzgó que no le seria difícil reconocer á Rebeca.

Pero en vano paseó todas las salas: buscó todas las camas sin ver á la que buscaba.

Interrogó un practicante que concluyó por recordar que ya dos mujeres le habian preguntado por aquel nombre y que las habia visto detenidas en la sala de Santa Clara n.º 4.

—Desgraciadamente añadió el practicante, el número 4 se halla á estas horas en el anfiteatro de Clamart; pero como ha ido allí esta noche aun llegareis á tiempo.

—Llegaré á tiempo! murmuró Parisis.

Preguntó como habia muerto.

—Como todo el mundo.

Y como si de pronto recordase algo, el practicante añadió:

—Ahora hago memoria! Era una judia que ha querido morir cristiana: el cura de San Felipe del Roule vino aquí para su abjuracion; todo el mundo quedó edificado menos yo. Que Dios encontrará?

Octavio habia empezado su peregrinacion y queria llegar hasta el fin.

Clamart es el anfiteatro por excelencia: allí van todos los cadáveres de los hospitales: Rembrand podria encontrar allí todos los dias sus lecciones de anatomia.

Ya se sabe que el anfiteatro de Clamart se encuentra edificado sobre el terreno del cementerio antiguo, del cual se vé aun un rinconcillo sombreado por árboles frutales; antiguas piedras tumularias, gastadas por la luna, la lluvia y la escarcha; un cementerio mas salvaje que la muerte, puesto que los vivos nunca lo visitan.

Esta construccion, muy moderna, tiene la forma de los antiguos claustros, pero sin galerias cubiertas; los paseos consisten en cuatro parterres á la francesa, separados por una fuente.

Octavio; al cruzar por allí, sintió un fuerte olor de alelí y de yerba recién segada. Se le llevó ante el director, al cual no podia encontrarse. Los parterres le sonreian con el brillo de sus flores; mas pronto conoció que se hallaba en los dominios de la muerte. Coches negros sin portezuelas, mas tristes que los coches de la cárcel, llegaban allí por instantes, atestados de cadáveres.

Octavio se acercó. Mas de cincuenta muertos, hombres, mujeres y niños estaban mezclados en una sala de descanso.

Un muerto de hospital que no ha sido reclamado no ha concluido sus peregrinaciones.

Aunque se hallaba en frente de una de las ventanas, Octavio no se atrevió á mirar, como si temiese que de pronto apareciese la mujer que buscaba.

Llegó el director.

Por respeto á la muerte Octavio tiró su cigarro;

pero el director, que tambien fumaba, le aconsejó que siguiese fumando.

Octavio le refirió el objeto de su venida.

—Pues bien, le dijo el director, busquemos.

—Desgraciadamente, dijo uno de los sepultureros que aguardaba «la hora de la distribucion», aquí no se reconoce la gente por el traje.

Aquello era la desnudez en toda su miseria. Qué debe decir el alma cuando vé así su cuerpo? Pero acaso el Estudio no es tambien una plegaria? El médico que busca la vida en la muerte no tiene ni un hombre ni una mujer ante los ojos: tiene un *sugeto*.

Octavio entró en aquella gran sala inundada de luz y ceñida por altos árboles. Vió mujeres, vió jóvenes, y no vió á Rebeca.

—Habrà ido en la primera distribucion, dijo el director, á menos que aun no haya llegado.

Aparecieron dos sepultureros con la cama de los muertos: venian para la segunda distribucion. Cogian los cadáveres para trasladarlos con una filosofia que sorprendió á Octavio: el uno llevaba una rosa en los labios; el otro mascaba la última corteza de pan de su almuerzo.

Octavio llegó á la primera sala de diseccion. Aunque hubiese ido allí para buscar á Rebeca, un sentimiento mas elevado le agitaba: por una vez mas su espíritu descendia al abismo de la nada como para buscar en él todas las almas de aquellos cuerpos abandonados. Segun su costumbre, hacia preguntas.

—Ay! le respondió el director, Montaigne decia: «Qué sé yo?» Yo digo que no sé nada. Si os muestro en su carne y en sus huesos al sublime deshollado de Houdon, confesaré que Dios, al crear al hombre creó una maravilla; pero si en seguida os muestro con el microscópio una hormiga, reconocereis que la maravilla es aun mayor, puesto que ese ejemplar liliptiense se halla tan maravillosamente impreso como el ejemplar in folio. Si Dios ha hecho todo esto, es un gran artista: si Dios no lo ha hecho, el azar es un gran maestro.

Llegó un profesor célebre.

—Dónde está el alma? le preguntó Octavio que le conocia mucho.

El profesor abrió un cérebro.

—Ay! dijo, no veo esta alma, como no veo á Dios en el cielo.

Octavio habia lanzado aquí y allí una vaga mirada en la sala: cincuenta estudiantes, en grupos de tres ó cuatro, estudiaban la operacion del hueso maxilar.

Parisis reconoció á Rebeca en el instante en que un estudiante le arrancaba un diente para estudiar mejor la mandíbula.

Era un espectáculo horrible. Palideció y se acercó. El profesor hizo una seña á los estudiantes para que suspendiesen su trabajo.

Octavio habia conocido á Rebeca en su larga y roja cabellera, que llegaba al suelo, húmeda y espesa.

Conservaba aun su bíblica belleza: la muerte le habia dado mas carácter.

Pero diez segundos despues su mejilla hubiera sido cortada: ya un estudiante acercaba el escalpelo.

—Ya veis, dijo el profesor, que los hospitales respetan sus muertos: se les acusa de vender sus cabelleras: mirad esta.

—La veo, dijo Parisis con tristeza.

Harto la conocia el mancebo.

El estudiante que habia arrancado un diente á Rebeca volvió á colocárselo por un sentimiento de respeto hácia la muerte, pues no era un *sugeto*: era una mujer.

—Os doy las gracias, dijo Octavio con gravedad.

El lábio superior habia sido levantado, y el practicante apoyó en él su dedo con dulzura para bajarlo: la boca adoptó el dibujo que le habia impreso la muerte.

Algunos segundos despues, Octavio miró en silencio aquel rostro de perfil hermoso que hacia pensar en las mujeres de la Biblia. Otro estudiante habia traído un sudario: lo tendió como un casto ropaje sobre aquel pobre cuerpo abandonado que hasta entonces no habia sido vestido sino con el pudor de la Ciencia.

Octavio pagó una tumba á Rebeca y puso en ella este epitafio:

POR QUÉ OS HE DE REVELAR MI NOMBRE?

XIX.

LA SOLEDAD DE VIOLETA.

Que todos estos horribles cuadros que constituyen algun tanto el museo de la vida moderna se borren á nuestros ojos bajo las dulces imágenes de Violeta y Genoveva.

Se habia Violeta aclimatado en Pernand?

Con su fiebre, su amor, su arrepentimiento, habia podido vivir en aquella soledad rústica, donde silbaba alegremente el mirlo y donde cantaba amorosamente el ruiseñor?

Para la paz de los campos se necesita la paz del corazon.

Violeta no oia ni el mirlo ni el ruiseñor.

Oia llorar las brisas y sollozar las fuentes.

A algunos pasos del castillo la señora Jacinta la sorprendia todas las tardes abismada en sus sueños, sentada á orillas de un lago profundo que era la imagen de la muerte, por sus rocas deshechas, sus cavernas profundas, sus matorrales quemados, verdadero refugio de las aves nocturnas.

Cuando por las tardes Violeta no estaba inclinada sobre el lago, se encontraba en el cementerio creyendo rogar por su madre, pero en realidad orando por ella misma.

Por la mañana parecia emprender una vida que sabia de memoria. Leia los periódicos que la hablaban de Paris, como si cada número debia traerla algo de aquel dulce polvo que habia cubierto sus zapatos en la calle de San Jacinto, ó sus lujosas botinas cuando vivia en la avenida de Eylan, cerca el palacio de Octavio.

Como los periódicos hablaban con frecuencia del duque de Parisis, este nombre era para ella como un rayo de sol, cuando brillaba ante sus ojos en el *Figaro*, en la *Gaceta de los Estrangeros*, y en *La vida Parisiense*. Conocia su existencia, adivinaba sus aventuras; pero lo que le pintaba sus locuras era la correspondencia de la señora de Entraygues. Como siempre habia sido formal, aun en aquella mascarada de tres meses, como se habia puesto mas seria, experimentaba un gran dolor al ver las calaveradas de un hombre dotado para las grandes cosas, que hacia traicion á su porvenir y á su nombre; mas la jóven no desesperaba, y decia que Parisis tomara la revancha.

Ya se recordará que la señora de Entraygues habia pedido veinte mil francos á Violeta.

Esta habia complacido á su amiga, recordándola que se fastidiaba mucho no viéndola. Cierta dia, á la

hora del amuerzo, la señora de Entraygues llegó á su casa, metiendo gran ruido.

Aliza, habia reemplazado la alegría con el ruido, bien como lo hacen todas las mujeres que no quieren arrepentirse, y que se resisten á examinar sus heridas. La condesa halló muy cambiada á Violeta; pero mucho mas bella, si es que la belleza es una expresion divina. El mármol es su mejor traduccion: necesita de los tonos rosados de la vida para encantar los ojos del cuerpo y los ojos del alma? Violeta habia perdido para siempre la frescura de sus juveniles años; pero en aquel rostro mas acentuado y mas pálido, la mujer estaba mejor revelada. Y no tenian una elocuencia mas penetrante sus ojos de un azul profundo?

—Cuan hermosa estais! dijo Aliza, besándola.

Violeta presentó su jóven amiga á la condesa.

—Si quereis ver la belleza sobre la tierra, aquí está, dijo la jóven con un acento en que la verdad se retrataba.

La señorita Jacinta no era precisamente el ideal de Fideas, ni de Rafael, ni de Juan Goujon, ni de Prudhon; pero tenia la belleza agreste y sencilla que no conoce la moda, y que la pasion aun no ha consagrado.

Se almorzó con melancólica alegría; se paseó en el campo, y los jardines del castillo, se visitó la iglesia, y se fué á admirar una torre casi en ruinas. Por la tarde, aquellas tres mujeres eran tres amigas

Las tres adoraban la música. Se veló hasta media noche con las manos sobre el piano, acariciando todos los aires queridos, evocando el génio de todos los maestros. La verdadera artista era Jacinta. Violeta tocaba mal, y la señora de Entraygues, tenia mas brio que sentimiento.

—Lo recordais? preguntó Aliza á Violeta; me dijisteis que Parisis os habia enseñado el vals del Fausto.

—Sí, lo recuerdo! dijo Violeta palideciendo.

Y tocó el vals del Fausto,—ella que tocaba mal el piano,—con la maestria con que el mismo Gounod lo toca.

XX.

LAS DOS PRIMAS.

Al dia siguiente, las tres amigas recibieron una visita no esperada.

Octavio queria ver á un mismo tiempo á Genoveva y á Violeta. Sabia que las dos primas se habian convertido en dos amigas. Aunque se sentia inclinado á amar á entrambas, se prometia no ser para ellas mas que un amigo.

Habia llegado á Parisis con su amigo Viollet-Leduc para comenzar la restauracion del castillo en el mas puro estilo de Luis XII. Monjoyeux y Saint Aymour le acompañaban.

En cualquier otro momento hubiese probado una verdadera alegria en aquel trabajo que iba á devolver todo su esplendor á uno de los mas curiosos señorios de la época del feudalismo; pero una tristeza profunda se habia apoderado de su alma. Esto consistia en que no se edifica ó no se restaura un castillo sino por una mujer querida, y Parisis tenia el presentimiento de que esta mujer querida, no iria á habitar su castillo.

Su primera visita, fué para la señorita de la Chastagneraye.

Esta no habia variado en su idea: queria que Octavio se casase con Violeta. Lo recibió con una dulzura de ángel; pero ocultó su corazón con tanta maestria, que su primo creyó que no le amaba.

Fué aquella una simple visita de cortesía en la cual sé habló de todo, excepto de ellos.

—Espero, primo, dijo ella, que ireis á ver á Violeta á Pernand?

—Si, prima, dijo Octavio, creyendo que así reanimaria los celos de Genoveva.

Peró la jóven siguió impasible, bien, como si viviese en otras regiones.

Dijo además á Octavio, que se habia vuelto hácia Dios, y que se iba á retirar del mundo.

—Dios mio! exclamó el jóven; pero donde ireis?

—A una soledad santificada por la oracion. Aquí, haga lo que haga, moro en una soledad completamente profana. Ved esos cuadros, esos libros, ese piano, esa harpa: yo no soy de las que se resignan sin tener ante los ojos el ejemplo de todas las resignaciones.

—Peró prima: esta mañana habreis pisado alguna mala yerba. Yo volveré pronto para arrancarla debajo de vuestros piés.

—Volved, primo: en cuanto á mí, luego que se empiece la restauracion de Parisis, iré á veros, si es que ya no he marchado.

Octavio fué, pues, al siguiente dia, á visitar á Violeta.

La halló como siempre: con la misma dulzura, con la misma indiferencia tan bien fingida. El jóven queria reir algun tanto; mas la expresion de tristeza que se habia grabado tan profundamente en el rostro de Violeta, detuvo la risa en sus lábios.

La señora de Entraygues cogió su brazo y le arrastró debajo de los árboles.

—Sabeis que la pobre Violeta se morirá? le dijo. Yo os lo advierto.

—Qué tontería! donde habeis visto mujeres que el dolor mate?

—En Paris, en provincias, en todas partes, amigo mio. Yo habia venido aquí para abrazar á Violeta y marcharme en seguida; y me siento tan desgraciada con su desgracia, que voy á permanecer aquí una semana. No se consuela una del amor sino con otro amor: Violeta no amará á otro que á vos. Pero quizá yo la consuele; pues si la amistad consuela del amor, esta amistad es la de la mujer, sobre todo cuando esta mujer está enamorada en la misma parroquia. O monstruo con uñas de roca!

—Boca de mujer, palabras perdidas.

—Creeis tal vez que dejais caer de vuestros lábios palabras del Evangelio! Os lo repito, nada consolará á Violeta de haberos encontrado y de haberos perdido.

XXI.

EL CASTILLO DE NAIPES.

Octavio habló con Violeta despues de haber hablado con Aliza. Estaban solos en el salon; la condesa se habia llevado á Jacinta.

Despues de algunos instantes de silencio, Violeta dijo mirando á Octavio:

—Me causa tanto mal el veros, que siento una extraña alegría: arreglad esto segun podais.

—Si aun me amaséis os diria que sois feliz, porque sois desgraciada: esto es inesplicable, pero es así, porque el amor es un dolor y una voluptuosidad á un mismo tiempo.

Violeta contuvo un suspiro.

—Sí, dijo, pero yo no os amo. Es un soplo del pasado que me llega al corazon; á Dios gracias me hallo libre de todas estas angustias.

Violeta habia cogido la máscara de la serenidad. Octavio cogió su mano; pero la jóven ocultó tan bien su emocion, que creyó que, semejante á Genoveva, no conservaba de su amor mas que el recuerdo.

La conversacion varió de tema. Se habló de la vi-

da del campo y de las inocentes alegrías que proporciona. Se abrió un paréntesis con objeto de hablar de Paris; mas Violeta lo cerró en seguida. Octavio quiso Jeer en el porvenir de Violeta por lo que decia ó por lo que callaba; mas no vió sino nubes.

La noche habia llegado lentamente. Violeta se levantó para acercarse á la ventana. Octavio la siguió.

—Voy á partir, dijo.

Esta sencilla frase cayó sobre el corazon de Violeta como un pedazo de hielo. Parecíale que aquella era la última vez en que veia á Parisis.

Parisis! el amor y la muerte en su vida; Parisis! todo lo que ella habia amado desde que no amaba sino á él.

—Vais á partir! repitió con voz triste y lenta.

Miró á Octavio, al cual no veia bien.

De repente, echando fuera de sí todo aquel atalaje de piadosas mentiras que ocultaban su corazon, la jóven se echó en sus brazos y prorrumpió en sollozos.

—Octavio! Octavio!

—Violeta mia, dijo este con dulzura; por qué lloras? Yo te amo.

—Oh! dímelo otra vez; quiero morir, pero quiero morir con esta frase en mi corazon. Dime otra vez que me amas!

—Bien lo sabes.

Octavio casi no oia á la jóven; tan cortadas por los sollozos estaban sus palabras.

—Pero yo te he amado siempre, Violeta. Antes de

verte yo no amaba: no buscaba mas que aventuras. Contigo encontré mi corazón.

Y los dos jóvenes se dijeron las mas dulces y tiernas cosas. Los dos obedecían á una de esas expansiones que lanzan dos corazones y dos almas á un mismo pensamiento. Es el amor en su período supremo. Cuando ha pisado estas divinas cumbres, está medio cansado, cae de sus aspiraciones, encuentra la tierra y echa de menos el cielo; pero el cielo no es la patria de los hombres y las mujeres aun cuando estén enamorados.

Violeta cayó en el suelo. Parecíale que habia dado todo el fuego de su vida en aquel divino abrazo: su corazón latía hasta romperse; la fiebre se habia apoderado de ella; su frente estaba ardiendo.

—Adios, Octavio, dijo con tristeza.

—Adios. No comprendo, no quiero comprender, exclamó el joven.

Intentó con sus irresistibles gracias, perpetuar aquel minuto de amor. Nada escaseó, ni siquiera la mentira. Pero en aquel momento sentía de buena fé con Violeta, puesto que acababa de hallar su corazón en el suyo. La dijo que queria vivir con ella, y vivir para él.

—Vivir por mí, no es vivir por tí? Vivir por tí no es vivir por mí?

Y como Violeta pareciese dudar:

—Tú sabes mi desden por las altas ambiciones, dijo: yo siempre he dicho que el amor era la primera

y la última palabra de la vida. Dar el brazo á una mujer si yo la amo y ella me ama, es el soberano bien. Viviremos en Parisis, y seremos felices.

Estas últimas frases, tierna y sencillamente pronunciadas, volvieron á la razón á Violeta. No pudo menos de pensar que si Octavio hubiese hablado á Genoveva, no hubiera dicho: «Viviremos en Parisis y seremos felices.» Ella tradujo así estas frases: «Seremos felices en Parisis; mas no lo seremos en otro lugar, porque Paris repudiaria semejante dicha.

—No! dijo, en ninguna parte se puede ser feliz con Violeta, porque Violeta en vez de traer dicha, traeria unicamente las lágrimas de su arrepentimiento.

—Porque el arrepentimiento? Cual es tu crimen? Ahora que te conozco veo que esto ha sido tan solo un juego para castigarme. Merecí sufrir, y he sufrido; pero he olvidado.

Octavio habia vuelto á poner la cabeza de Violeta sobre su pecho.

Ella no tuvo el valor de levantarla.

Por espacio de cinco minutos siguió aun en el dulce sueño de ser amada.

—Y sin embargo, murmuró, si yo quisiera ser dichosa!

Pobre joven! no sabia que la voluntad que desafía todos los obstáculos, se detiene herida de muerte ante ese castillo de naipes que se llama la dicha!